

## **Rafael Gutiérrez Girardot. Ensayos de Literatura colombiana**

**Juan Guillermo Gómez García y José Hernán Castilla**

El interés y la preocupación por la literatura colombiana acompañaron a Rafael Gutiérrez Girardot desde sus primeros años de actividad intelectual. La presencia de las letras colombianas estuvo presente y entreverada, expresa o implícitamente; sea cuando se refería a sus autores y corrientes literarias en forma temática o sea cuando invitaba invariablemente a su intelectualidad viva a romper el cerco estrecho de sus presupuestos culturales. Su vigilante postura crítica trazó la dimensión generosa y a la vez exigente que caracterizó su tarea por más de medio siglo y para cuyo balance se precisa todavía un arduo trabajo de investigación. El balance por ahora forzosamente provisional de su imagen de la literatura colombiana, es una invitación doble, a saber, a una renovación de la tarea crítica que emprendió por más de cincuenta años y la imagen desafiante de nuestra literatura. Estos dos volúmenes de Ensayos sobre literatura colombiana son testimonio de una primicia y, al tiempo, son éstos una revisión de los presupuestos histórico-sociales y culturales sobre los que descansa esa imagen de conjunto. Crítico y crítica, cabe decir, el hombre y la actividad intelectual se entrelazan en esta edición — muchos de cuyos textos son inéditos y no leídos en conjunto todavía— para enriquecer la vida intelectual del país y el legado literario mismo.

La literatura es la posibilidad de que cada generación se ofrezca con intempestivo interés sobre el alcance y significación de su actividad letrada; ella se forja sobre el ideal de una demanda implícita de su plenitud labrada a la luz de la experiencia de la literatura y la cultura universales y sobre las posibilidades que sus literatos proyectan para su presente, es decir, para redimirlas como superación y redención. Esa superación y redención implícita en nuestras letras como “descontento y promesa” impulsa el ejercicio crítico de Gutiérrez Girardot, él le concede un plus ético y una inédita alternativa cultural. Este horizonte, conocido conceptualmente como utopía, es gesto de soberanía intelectual y desafío ético de liberación de los modelos tradicionales, de los recursos fáciles, de las fórmulas aprendidas y rutinarias. Estas taras simplemente sofocan y sirven de cómplice a las prácticas y los usos consagrados. Para Gutiérrez Girardot, estas prácticas y usos consagrados derivan de una raíz: de la España contrarreformista, es decir, de la España

labrada por la reacción católica contra el mundo luterano y sus múltiples y complejas consecuencias y que fundamentó su dogmatismo religioso y su violento y visceral rechazo contra los presupuestos de la modernidad, la racionalidad ilustrada y el espíritu crítico de las ciencias. El Minotauro peninsular se vela y se disfraza simulada y complacientemente en múltiples modos y prácticas intelectuales. La simulación, la complacencia, el facilismo, la rutina, el disimulo es el resultado de esta historia de colonos voluntarios y tributarios inconscientes de valores y de presupuestos indiscutidos. La semiparálisis y el aislamiento mimético de las letras nacionales han conocido, empero, casos de ejemplares excepciones. De Bolívar mismo hasta García Márquez de Cien años de soledad, se pueden exaltar valores cuya universalidad son eso: excepcional, excepcionalidad y ejemplo. Gutiérrez Girardot menos que una historia de la literatura colombiana realiza caracterizaciones, es decir, para emplear sus propias categorías de análisis crítico de origen romántico (procede el término de Friedrich Schlegel tal como lo realiza con Georg Forster, por ejemplo) acercamientos ensayísticos de los que destaca la génesis intelectual, los temas dominantes, los procedimientos o el arte de la producción y de los que deriva la obra literaria misma. El método, por decirlo así, es el método de trabajo que acompaña toda su obra crítica, es decir, un acercamiento crítico que primero es sorpresa y diálogo, empatía crítica y por ello extensión necesaria de la obra literaria. La crítica es reflexión sobre la literatura que aspira a ser ella misma parte del proceso literario. No es sólo la crítica una institución adjetiva o ancilar de la literatura sino como experiencia literaria misma es descubrimiento, que implica respeto, consideración y exigencia. Este trabajo crítico de Gutiérrez Girardot es el resultado de una tenaz labor de disciplina intelectual y por ello mismo exige y postula un tipo intelectual en el artista o literato cuyos modelos en lengua española, para remitirnos a la obra crítica misma de Gutiérrez Girardot, son los poeta doctus: Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, parcialmente Baldomero Sanín Cano.

El hombre de letras como poeta doctus es la categoría de análisis implícita o, mejor, el presupuesto de la crítica literaria actual. “La mutua relación de poesía y teoría”, escribe Gutiérrez Girardot en su emblemático Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación (1959), “se expresa en la figura del poeta doctus, un tipo de escritor que es hoy una exigencia y a la vez la imagen evidente y natural del creador literario. La diferencia entre

el poeta doctus y el poeta que además es erudito, tiene muy claros contornos. La medida no es tanto el saber acumulado —muerto o vivo— sino la reflexión, es decir, la conciencia lúcida de sí mismo, de su tarea y de sus medios y posibilidades con que pueda expresar la una y realizar la otra”. Esta expresa y muy definida categoría del hombre de letras como poeta doctus constituye el pilar crítico de Gutiérrez: el poeta doctus, es decir, un hombre de letras que además de erudito conoce y domina los instrumentos y las fuentes de la alta cultura, de la literatura universal y de la filosofía, de la historia y las ciencias sociales, y se sirve soberanamente de ellos para crear su exigente y rico mundo literario. Es el caso de Thomas Mann en *José y sus hermanos* o Borges en *El Aleph* o más recientemente Fernando del Paso en *Noticias del Imperio*, quienes para Gutiérrez Girardot fundan una experiencia literaria que sofoca la espontaneidad a favor de la fantasía y la lógica, que enriquece la vida literaria con una acertada fusión entre inteligencia conceptual e imaginación. La crítica literaria participa, no menos, en esta característica y de ella deriva la fuerza formativa en el entorno cultural y la validez como partícipe activa de la literatura misma; como actividad de la inteligencia no meramente acumulativa de datos y erudición, sino como conciencia de sí misma, de su época y de su literatura.

Los demás presupuestos de la actividad crítica emanan de esta consideración previa. Ellos se fundan en la necesidad de comprender el desarrollo de nuestras letras nacionales en el marco de una modernidad —o, más precisamente, la modernidad contemporánea— que tiene su origen en la Revolución Francesa (1789) y sus múltiples implicaciones políticas, sociales, literarias y filosóficas. Este origen histórico del mundo contemporáneo significa, jurídico-políticamente hablando, el triunfo de la racionalidad institucional, vale decir, no solo la creación del constitucionalismo a partir de Emmanuel Sieyès, sino de la Codificación napoleónica, el Code como cristalización de la sociedad civil o sociedad burguesa. El concepto de la sociedad burguesa, tomado de la Filosofía del Estado y el Derecho de Hegel, constituye, precisamente, otra categoría central del análisis literario de Gutiérrez Girardot: vale decir la imposición de una clase social que rompe con los vínculos estamentarios o comunitarios para erigir al individuo como soporte del nuevo mundo social. Este individualismo burgués se expresa con la famosa definición de la sociedad burguesa como “la lucha de todos contra todos”, es la implicación radical de un

egoísmo generalizado y una ambición generalizada del enriquecimiento, que advirtió tempranamente el joven Marx al hacer una crítica al texto hegeliano del Estado y el Derecho.

A la dinámica de la sociedad burguesa está atada una consecuencia necesaria, aunque incomprendida y si se desea, indeseable: el nihilismo. La muerte de Dios o la ausencia de Dios son llevadas al límite de su conciencia en la obra de Nietzsche. El estudio de Nietzsche fue, por esto, una constante de la obra ensayística de Gutiérrez Girardot a quien consagra un estudio pionero en la lengua española, Nietzsche y la filología clásica (1964). “Dios es un mal principio estilístico”, citaba con frecuencia Gutiérrez Girardot de Gottfried Benn, para entablar una relación estrecha entre el fenómeno filosófico nietzscheano y la literatura acuñada por él, particularmente el Expresionismo alemán. “Su estilo peligroso, tempestuoso, relampagueante, su dicción inquieta, su negarse a todo idilio y a toda causa de carácter general, el haber asumido la psicología de los instintos, el fundamento orgánico como hecho emocional...” entre otras consecuencias del “estilo” nietzscheano, que no es un problema filológico de estilística, como advierte Gutiérrez Girardot, sino conciencia de una radical reelaboración tras la devastación; del sentido nuevo de las palabras al haber perdido todo su sentido o razón teológica.

La sociedad burguesa transforma radicalmente las condiciones y las estructuras sociales y con ello al artista y al arte mismo. El arte deja de ser, como Gutiérrez Girardot toma también de Hegel (de su Estética), el más alto menester del espíritu; es decir, en la sociedad burguesa el artista es desplazado a una marginalidad; es necesariamente marginal. Esta marginalidad, empero, es su libertad, o sea, es el espacio reservado a su especialización como artista, justamente como artista marginado. Esta condición la conoció Hispanoamérica —y muy parcialmente Colombia— en la época del Modernismo, cuya figura Rubén Darío acusa todas sus consecuencias más radicales, vale decir, en él se revelan y de él derivan los fundamentos de una nueva literatura hispanoamericana que, ante todo, tenía que luchar contra la herencia española. Por las temáticas abordadas —el marginamiento del artista—, por el “estilo peligroso”, por la conciencia de su papel en la sociedad, por las prácticas —bohemias y tertulias— y por la conciencia sobre todo de las relaciones turbias entre sociedad burguesa y arte es Rubén

Darío, para Gutiérrez Girardot, la base y sustento de la literatura Modernista y en realidad de los autores que supieron sacar provecho de ella, en primer lugar, Borges.

Estas brevísimas consideraciones son una indicación sumaria, y quizá menos que sumaria, de los conceptos fundamentales y el horizonte crítico de Gutiérrez Girardot. Su obra es una obra abierta, conciencia de la tarea del pensamiento como ensayista, desde Montaigne (finales del siglo XVI), Lessing (mediados del siglo XVIII), Nietzsche o Borges (siglos XIX y XX), como “conciencia libremente oscilante”. Esta conciencia es la fuente de su densa y compleja argumentación; ella no es un simple y rutinario proceso de juzgar textos, sino de explicarlos, de contradecirlos, de iluminarlos, de ver el revés y los entretelones; en suma, del arte de “leer entre líneas” como aprendió Gutiérrez Girardot de Nietzsche. Ese leer entre líneas significa, ante todo, dejarse sorprender, dejar que sea el texto y no el pretexto el que hable, porque el texto como fuente y fundamento de la crítica literaria es sus posibilidades de contexto, sus raíces culturales, su entorno social, sus lecturas y su forma de asimilación de las lecturas, sus más o menos claros fundamentos y dominio de la artesanía literaria, es decir, su hábil y dotado método de combinar los materiales con que se nutre el acto de la creación literaria. El primero, es por supuesto, la lengua y su tradición; la lengua y sus rupturas con la tradición y su recreación.

La oscilación de la literatura colombiana entre la inercia y sus pocos ejemplos de renovación, es el sustrato último de estos ensayos de Gutiérrez Girardot. Ellos se comprenden como parte de un conjunto más grande que la valida y la pone en cuestión, a saber, el conjunto de la literatura de lengua española. A partir del Modernismo entendido como una fuerza espiritual que renovó la lengua español, porque luchó contra sus presupuestos tradicionales, contra la estrecha y esquiva atadura barroca, se posibilita esa renovación de las letras colombianas –en los representantes más destacados– o las sucesivas renovaciones con las sucesivas y concomitantes reacciones. Este vaivén, este forzoso avanzar y retroceder y tender al estancamiento complaciente, domina la intención de Gutiérrez Girardot: ser consciente de este proceso, forzar a su comprensión como parte indisoluble del proceso de creación e interpretación. Interpretar es crear, es decir, cumplir con el postulado crítico que es a su vez el postulado de todo hombre de letras, para estar a la altura de su modernidad literaria y participar en sus características: ser el crítico literario poeta doctus.

El sustrato hispánico, como fuerza dominante de nuestros modos de pensar, escribir, de nuestros hábitos sociales e intelectuales, encuentra en los ensayos de Gutiérrez Girardot una interpretación firme y sólida. Su obra crítica renueva y supera los límites de la cultura crítica colombiana que se forjaron en el siglo XX —Sanín Cano, Rafael Maya, Hernando Téllez o Ernesto Volkening— y se proyecta con una fuerza inesperada sobre las nuevas generaciones. ¿Qué dice Rafael Gutiérrez Girardot a las nuevas generaciones? La pregunta no tiene una respuesta satisfactoria por el momento, es decir, es una pregunta retórica, mientras que no haya una reacción suficientemente visible que ponga en tela de juicio el valor sustancial de su contribución. Pero esta reacción está condicionada a la lectura y a la recepción, vale decir, al debate abierto sobre el presupuesto de una lectura integral de su obra. Esta lectura todavía está lejos de poder ser satisfactoria, por lo demás, porque el material inédito es considerable y mientras no se publique no se permite llegar a un juicio decisivo sobre su obra crítica. Todos estos condicionantes, y hasta talanqueras, no inhiben, con todo, suficientemente, a adelantar tareas de divulgación y de recepción, de “provocación” e “insistencias”. Estos dos tomos de Ensayos sobre literatura colombiana se pueden pensar como un primer paso a la renovación de la figura de Gutiérrez Girardot para sus lectores y un desafío abierto para sus futuros lectores.

El ensayo fue la forma expresiva por excelencia de Gutiérrez Girardot. El ensayo no es una expresión de incapacidad del sistema, como se dice vulgarmente. Es más bien la comprobación de que el sistema ya no cabe en el pensamiento occidental, por lo menos desde la crítica al escolasticismo tardo-medieval de Montaigne, o la crítica al enciclopedismo ilustrado de Herder o la crítica al positivismo decimonónico de Nietzsche, para mencionar tres momentos determinantes del espíritu anti-sistemático de la modernidad. Esta tradición la recupera, en forma radical para la lengua española, el “ensayista” Borges. Es en esa tradición que el ensayo se presenta como una forma del “escepticismo esencial” teológico o filosófico; una nueva exigencia a la fantasía para desrealizar y reconstruir la realidad de un nuevo lenguaje, como probabilidad y conjetura, “como método experimental del pensamiento”. Las implicaciones de este postulado estético, que también es científico académico, son múltiples. Las formas que toman cuerpo expreso bajo este postulado de “escepticismo esencial”, que implica la movilidad, la distancia, la ironía, la carencia de misoneísmos, los puede poner a prueba el lector en

estos ensayos sobre la literatura colombiana que son experimento, combinación, perspectiva de algo nuevo, del porvenir, que son utopía en un sentido amplio y generoso de la palabra. El ensayo es por tanto conciencia de un ejercicio de la inteligencia sin la pretensión dogmática doctoral, estérilmente academicista, ampulosa y engolada de la tradición española y sus administradores universitarios, que confunden volumen con calidad y pensar con base de datos y abigarrada bibliografía multilingüe. La concisión expresiva, la síntesis exigente, la insinuación creativa son otra manera de hablar de un estilo que es abierto a la reflexión y a la intuición.

Con el arte del ensayo como programa del pensar se significa también la posición social del intelectual en la sociedad moderna. Él ya no es, como es en las sociedades premodernas o que insisten en anclarse en la tradición vacía histórica (como la colombiana), un sumo sacerdote del saber. La untuosa gravedad mortal de la vida académica, de la iglesia, de las universidades, de las cancillerías, y de las demás instituciones que secuestran el sentido de la verdad por medio de la palabra, pomposa y esotérica, cede o es desplazada críticamente por esta práctica de la cultura como bien mostrenco. Por eso el ensayo es pedagogía, propósito liberador y democracia. La “marginalidad” del intelectual, que oscila en el caso de Gutiérrez Girardot entre el instinto estético de una tradición literaria que remite al Modernismo y las exigencias conceptuales de las ciencias modernas, se extravierte en este ejercicio de inusual exigencia y libertad. La inteligencia libremente oscilante, la inasibilidad, por así llamarla, de su figura, su carácter móvil, como caja de sorpresas, como el juego del juego de muñecas que contiene otra muñeca de conceptos, es la invitación del intelectual de vocación por discutir y denunciar el poder y sus excesos (su autoritarismo inherente). Este carácter es necesariamente polémico; es político, en el sentido de la negación del poder estatal y social, de la sociedad burguesa industrial y de la maquinaria burocrática que la secunda. La conciencia de esta tarea del intelectual y su fusión social difusa corresponden a una manera de traducir esta experiencia política subjetiva de la libertad en libertad expresiva ensayística. La crítica literaria resalta su simpatía con la revolución, el dandismo, la inteligencia elegante y el desafío proto-anarquista. Ella puede encontrar sus alter ego en Saint-Just, en Bolívar, en el Ché.

Gutiérrez Girardot es un acabado ejemplo del arte de la crítica literaria. Las nuevas generaciones tienen el deber de conocerlo y confrontarlo. Para conocerlo, es necesario decirlo, primero hay que leerlo en conjunto y leerlo sobre todo con los ojos abiertos, con la actitud de que su obra crítica es un todo y que ella se ilumina en la tarea exigente y también necesaria de abordarla con desprevenimiento, alegría y respeto. Esto es necesario agregarlo, lastimosamente, por la antipatía que despierta en muchos su recia y franca personalidad y sus recias y francas páginas. En su caso, no se puede decir que sus “enemigos” lo enaltezcan. Ninguno que, sepa, ha tenido, de lejos, su estatura intelectual. De su estilo entonces cabe apenas agregar que es “peligroso”, que “se niega a todo idilio”, a toda concesión. Esta alta lección moral es de sumo provecho para el presente. Para la literatura colombiana y para sus jóvenes escritores tan comúnmente desperdiciados por las depravadas prácticas grupales, generacionales y, sobre todo, por la tentación de triunfos fáciles, de consagraciones dudosas, de éxitos de venta que poco o nada tienen que ver con la gran literatura. Es decir, de gloria o fama o reconocimiento y dinero mal habidos. La lectura de Gutiérrez Girardot es, a este respecto, una impresionante lección de seriedad académica, de honradez intelectual, de escepticismo administrado magistralmente.

#### Criterio de esta edición y agradecimientos

La pretensión de estos dos volúmenes es la de restaurar, depurar y preservar, hasta donde fue posible, los escritos de Rafael Gutiérrez Girardot sobre literatura colombiana. Esta tarea de naturaleza filológica fue posible por la existencia de una buena parte de ellos en el Archivo de Gutiérrez Girardot en la Hemeroteca de la Universidad Nacional de Colombia, que fue remitido por su hija, la Dra. Bettina Gutiérrez Girardot, en conjunto con la sección de la biblioteca en lengua alemana en 2009 y que estuvo a disposición de los editores hasta finales de año pasado. La tarea fue ardua, porque ella implicaba el necesario cotejo entre estos manuscritos tipográficos y los textos publicados. No todos los ensayos publicados en estos dos volúmenes provienen directamente del material de Archivo, pero cuando estos existen, se procedió a privilegiar la versión original e introducir las variables de los editores, solo si estas se consideran un mejoramiento del texto original. Fue particularmente dispendiosa la fijación final del texto que abre esta selección, a saber, “La literatura colombiana del siglo XX”, uno de los ensayos de crítica

literaria más difundidos en Colombia desde su publicación en el Tomo III del Manual de Historia de Colombia, dirigido por el historiador Jaime Jaramillo Uribe. El texto preparado para esta edición se puede considerar una verdadera restauración o, mejor, una versión considerablemente diferente, por los numerosos cambios de palabras y, sobre todo, por la introducción de pasajes enteros omitidos en la edición existente. Hay pues sustanciales transformaciones entre la versión del Archivo y la publicada y difundida ampliamente. Estos cambios alteran y transforman en un sentido más fiel el pensamiento crítico de Rafael Gutiérrez Girardot. Esta versión aquí presentada se basa, no obstante, en un texto no completo, es decir, en un texto de sólo 81 folios conservados, mientras a puño y letra del mismo Rafael Gutiérrez comprende 98. Esto obligó a los editores a contraer su versión con las páginas disponibles y completarlas con las publicadas por Jaramillo Uribe y el poeta bogotano Juan Gustavo Cobo Borda, hace ya casi treinta años.

No se conservan desafortunadamente entre los originales tipografiados de “Literatura colombiana del siglo XX”, los acápites I “Cultura de viñeta”, III. “La historia universal desde la Sabana de Bogotá”, por lo que una versión definitiva del texto sobre este manuscrito se podrá realizar si aparecen estos textos en futuras investigaciones. En otras palabras, se puede considerar que de las noventa y ocho páginas escritas solo se conservan ochenta y una.

La supresión o simples mutilaciones de citas y pasajes claves del texto originalmente escrito por los “editores bogotanos” pueden calificarse de alteraciones —autorizadas o no— del texto original. Por fortuna la existencia del texto permite ofrecer la presente versión, más afín al espíritu de Gutiérrez Girardot. Saltan a la vista los siguientes pasajes suprimidos por los editores del Manual de Historia de Colombia, entre otros: los comentarios sobre la bohemia colombiana que aporta referencias bibliográficas fundamentales, como las de Wilson Martins; la cita de Luis María Mora en que critica el humanismo de Valencia; las reflexiones sociológicas que completan el cuadro ofrecido a la novelística de Arturo Suárez (sobre la literatura edificante trivial-católica de Thiamer Tooth, por ejemplo); la referencia irónica de Jorge Zalamea Borda en que denuesta a Fernando González como curiosa mezcla de Nietzsche y Samuel Smiles; ciertos pasajes complementarios sobre José E. Rivera; la supresión de las alusiones de “Los Leopardos” en el contexto de “Los Nuevos”; la supresión del fragmento de “Pequeña balada riente de

los sapos en las charcas” de León de Greiff; la elusión de las afirmaciones de la oportunidad de aprovechar Sanín Cano su estadía en Londres y Buenos Aires, de asimilar el ambiente cosmopolita y contrastarlo con sus lecturas, y sobre todo, las notas sobre la recepción de Nietzsche en Londres y las relaciones entre Sanín Cano y Henríquez Ureña (son tres cuartillas, al menos). También se suprimió el juicio a Olaya Herrera. Hay una diferencia entre decir: “Los impulsos de Sanín Cano sucumbieron en manos de su heredero prematuro: Germán Arciniegas”, como queda en el manuscrito de Gutiérrez Girardot, y: “Algo de los impulsos de Sanín Cano animó la obra de Germán Arciniegas”, como fue publicado por el Manual. Hay una diferencia en publicar sobre Luis Carlos López: “Como Ciro Mendía fue un poeta menor” a, como escribió originalmente Gutiérrez Girardot: “En tono menor del que había dado a conocer León de Greiff, Luis Carlos López [...]”. Hay anotaciones sobre el valor sociológico de la novelística de Osorio Lizarazo y observaciones complementarias de las contradicciones de Juan Lozano y Lozano que consideramos deben preservarse. De no menos importancia es la supresión del juicio crítico sobre el Nuevo príncipe de Caballero Calderón o las observaciones esenciales de la traducción de Zalamea de Saint-John Perse para construir Zalamea sus relatos anti-gubernamentales. Hemos llegado a suponer, en consideración de las múltiples diferencias entre los dos textos, que Gutiérrez Girardot envió otro texto al poeta y editor Juan Gustavo Cobo Borda, y conservó para sí una versión preliminar. Mientras venga el tiempo de confirmar lo uno o lo otro, rescatamos este texto de Gutiérrez Girardot, por la fuerza y el valor que contiene para la crítica literaria colombiana.

El trabajo de edición ha cotejado o tratado de corroborar las citas de Gutiérrez Girardot y, en caso de ciertas inconsistencias, las hemos corregido conforme las versiones más autorizadas filológicamente. Igualmente hemos proporcionado al lector joven, especialmente al estudiante universitario, unas referencias a pie de página que consideramos necesarias para su mejor comprensión del texto. En los casos indicados hemos cotejado, de igual manera, los originales del Archivo con las ediciones realizadas y hemos tratado de verter el texto en su forma original, cuando ello era indispensable o deseable. Gracias a la existencia del Archivo publicamos por primera vez los textos “Jorge Isaacs. Brevísima Semblanza”, “Jorge Isaacs y la literatura judía latinoamericana”, “Tomás Carrasquilla y la narrativa realista hispanoamericana”, “La imagen de Colombia

en Cien años de soledad de Gabriel García Márquez” y “Crítica a las élites en Los felinos del canciller de Moreno Durán”. Tres de estos cinco textos inéditos fueron vertidos al español de su original redactado en alemán por Gutiérrez Girardot.

Estos dos volúmenes, intitulados Ensayos sobre literatura colombiana. Narrativa y Lírica de Rafael Gutiérrez Girardot, son el resultado de un trabajo colectivo del grupo de investigación “Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana”, inscrito en el CIEC de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Gracias al trabajo en equipo durante los últimos años y de los proyectos realizados por sus miembros, se ha contemplado, entre sus objetivos más anhelados, la publicación de la obra crítica de Gutiérrez Girardot. Estos dos volúmenes pueden comprenderse como el primer paso concreto en el proyecto de largo aliento.

Agradecemos ante todo a la Sra. Marliese Gutiérrez Girardot y a la Dra. Bettina Gutiérrez Girardot la generosa autorización de la publicación de estos dos volúmenes. Ellas han manifestado un interés y una confianza francos en el equipo editorial que resulta no sólo indispensable sino que es estimulante y nos llena de compromisos y obligaciones inexpresables. Agradecemos a la Hemeroteca de la Universidad Nacional (Bogotá), por habernos permitido acceder al Archivo personal de Rafael Gutiérrez Girardot y así poder cotejar documentación —textos críticos y cartas— fundamentales para esta edición. Igualmente agradecemos a la Facultad de Comunicaciones por haber apoyado académicamente a sus profesores y financieramente al equipo de estudiantes que colaboraron tan valiosamente en los trabajos de levantamiento de textos, confrontación de materiales, corrección de pruebas, anotaciones a la edición, entre los principales. A parte de los estudiantes que hicieron parte del equipo editorial, deseamos agradecer y reconocer a aquellos estudiantes que en este año y medio han participado en el curso de edición impartido por los profesores-editores: ellos son Carlos Alberto Areiza, Mónica Ruiz, Catalina Garcés, Javier López, Luis Fernando Sierra, Catalina Posada y Laura Quintero.

Finalmente, agradecemos, como equipo académico y editorial, a la Universidad Autónoma Latinoamericana y a su Fondo Editorial UNAULA, por entender el valor singular de su publicación en nuestro medio. A su Rectoría, y a quienes así lo entienden

con generosidad, hacemos un reconocimiento público por su interés, inteligencia y entrega.